

les". El Ladrón de Guevara profundo y picaresco, filósofo ambulante, el crítico de la burguesía granadina de chocolate y churros con pajarita, de Festivales de Música y Danza, ha publicado su "Solo de hombre" (1), un libro de poemas que es el resultado de una vida de soledad:

*"Quedarse solo es algo que duele muy lejano.
Quedarse solo es mucho dolor para una espalda.
Quedarse solo pudre la osamenta del mármol".*

Pepe G. Ladrón de Guevara nos ofrece la confesión de un tiempo de soledad, cuando el hombre que ríe en los bares, llora en solitario por la muerte de un niño en cualquier rincón oprimido del mundo; las noches en compañía de una emisora extranjera, el amor fugaz, el libro que llega de París, el "poster" que provoca la carcajada, la angustia de pensar a diario en la muerte, en el anonimato de la vida, en la miseria de los hombres que se cruzan por el camino. El poeta que ha dedicado tantos versos a lamentar la situación de los hombres del Sur, nos trae en esta obra el aliento de su propia angustia, la tormenta interior del que piensa "cuánto cuesta vivir para la muerte". ■ A. R. E.

(1) "Solo de hombre", José García Ladrón de Guevara. Ed. Universidad de Granada. Colección Zumaya.



José G. Ladrón de Guevara.



Paul Morand.

Paul Morand: adiós a una época

Ya se había ido su época: ahora se va el cronista. Paul Morand, muerto a los ochenta y ocho años de edad, había relatado "La Europa galante" —título de uno de sus más famosos libros— en una época en la que los grandes símbolos eran el coche-cama donde toda aventura tenía su asiento, favorito de otros escritores de la línea: Mauricio Dekobra —más social, más interesado por el fondo humano de la aventura—, o el italiano Guido da Verona —más lírico, más olvidado—, o el inglés Cecil Roberts —soñador también de "sleeping-car" "Estación Victoria"—, o de grandes hoteles, como Vicki Baum, alemana. Quizá con diferentes edades, formaban una generación: el viaje, el sexo, un suave aroma de droga —que todavía era elegante, con la elegancia de la decadencia—, un poco de alcohol. Y la noche, abierta o cerrada, para todos

—los grandes— o para muy pocos —los exquisitos de entre los grandes—: "Ouvert la nuit", "Fermé la nuit", fueron dos grandes éxitos de Paul Morand.

Que era, naturalmente, diplomático. Incluso embajador. Que no tuvo inconveniente en serlo del mariscal Pétain, de Vichy. Ciertamente que no podía ser germanófilo, ni nazi, ni fascista, pero no tanto por ideología política como porque aquello no tenía elegancia. Como no podía tenerlo el comunismo. Paul Morand, más que un colaboracionista fue un frívolo. Y pasó su purgatorio. Duró mucho tiempo. Le mantuvo un exilio español, del que salió una mala novela —"Los flageladores de Sevilla"— y luego un cierto aislamiento en su patria. Le costó dificultades con la Academia Francesa. No era sólo exiliado o aislado por una política: lo fue porque su época, la de entre dos guerras, había terminado. Quizá no existió nunca: quizá fue sólo la espuma, la nata de un mundo surcado por enormes problemas sociales, amenazado ya por el nazismo y por el stalinismo, que este escritor no quiso nunca ver. Pero esa espuma, esa

nata, no tuvo mejor cronista en el mundo.

Ni mejor estilista. Algunos de los mejores estilistas franceses han surgido de la frivolidad. Colette fue uno de esos estilistas, y también era un mundo superficial el que relataba. Puede haber, sin duda la hay, una relación entre el estilo y aquello que se relata. Colette y Paul Morand fueron cronistas de una elegancia: la tuvieron ellos mismos. Con la diferencia de que los personajes de Colette sufrían —como sufrió ella misma en la vida— y los de Paul Morand no se dieron permiso para algo tan vulgar. Y Paul Morand no sufrió nunca. Tal vez en esos últimos años de su vida; pero ya no salió nada importante de su vida.

Un escritor menor no siempre es un escritor menor. Este es el caso de Paul Morand. Contó la zona de su tiempo que conoció mejor, y la contó en un idioma digno de servir para el aprendizaje. Su paso por el mundo de la literatura no ha sido enteramente inútil. ■

Ideología positivista y sociedad burguesa

El mundo capitalista de la segunda mitad del siglo XIX, conoció importantes cambios en su modo de producción. El optimismo y alegre *laissez-faire* terminaba sustituido por un activo y enérgico intervencionismo estatal que tendía a conseguir el dominio de los mercados nacionales e internacionales, mediante el control de precios y producción y gracias al envío de ejércitos a las nuevas colonias. Hasta entonces, la revolución industrial, amparada por la construcción de ferrocarriles y los préstamos a países desarrollados, había permitido un incesante acúmulo de capital. El industrial y el financiero podían creer, siguiendo a J. B. Say, que la oferta crearía ineludiblemente la demanda y que la explotación de la clase trabajadora podría continuar suave y creciente. Pero a fin de siglo, especialmente tras la crisis de 1873, a pesar de las advertencias anteriores de J. S. Mill y C. Marx, la burguesía ve con miedo hundirse sus beneficios y al proletariado unirse amenazadoramente. Como clase,